

Niños sin juguetes

Elite.

Han venido a parar frente a la misma vidriera de hace unos instantes y hace unos días. Frente al amplio cristal que les separa del maravilloso mundo de los juguetes, no deberían hablar sino de juguetes y hablan de esperanzas de Navidad. Pero ¿dónde estará la Navidad? ¿Fuera? ¿Dentro? Acaso sea el mismo cristal, de transparencias que sólo rompen los fugaces reflejos de luces difusas que desfilan inquietas, sin llamar la atención de los que van a ver los juguetes que están al otro lado. Ese mismo cristal que año tras año copia gestos de cumplida felicidad, de truncadas esperanzas, recibe la cálida caricia de narices diminutas y sucias de niños que guardan en su limpio ideal esperanzas que se romperán como el cristal al chocar con los duros escollos de la vida... y también pasarán desapercibidas.

De los dos el mayor, que no va a la escuela ni tiene por qué, porque no le hace falta saber más de lo que sabe para vivir como vive él, sabe que nada de lo que ve allí es para ellos... y se lo ha dicho al amigo con una frialdad de escéptico que da miedo. Porque da miedo pensar en lo que dirá algún día a sus hijos cuando le hablen de juguetes del Niño Jesús... El menor de los dos lo mira asustado y herido. ¡A él sí que le van a traer! No acaso todo lo que él quisiera, porque quiere muchas cosas y el Niño Jesús no es rico; pero, ¿ya sabe su amigo?... ¡él ha escrito una carta!

En casa del pequeño vendedor de periódicos también se habla de juguetes. ¿Dónde no se habla de niños en Navidad? Ese niño suyo que vende tantos papeles y tantas letras en la calle les ha puesto en un grave apuro con su sabiduría. El padre hace girar en todas direcciones un papel de estraza lleno de grasa y de tinta que no acierta a descifrar. De juguetes ¡claro que hablará!, ¿qué carta de niño escrita en Navidad no habla de juguetes? Pero toda su ciencia se reduce a seguir la dirección de aquel trazo grueso de tinta, a veces interrumpido, a veces tapado por una gruesa mancha, que sigue un endiablado y enrevesado itinerario que va a conducir a *Angel María*, una firma de letra más ancha y más vacilante, pero que la madre, la barbilla apoyada sobre el hombro de su marido, ha leído por haberla visto escrita muchas veces en las paredes de la habitación, en las puertas, como un orgulloso banderín de lo que su hijo había aprendido en la escuela.

No está el horno para bollos en casa de aquel pequeño periodista (su *Angel María* vende periódicos) y no sabe qué hacer con el encargo que su hijo le diera de enviar una carta al cielo...

Aquel papel de estraza que parecía haber trocado su destino de envolver una arepa por el augusto de presentarse ante el Niño Dios, conoce hoy el rincón oscuro de un bolsillo vacío de dinero y lleno de ese olor agrio a sudores que no dan para comer, se ha familiarizado con migajas de distinta procedencia y gustos que han ido depositando un mendrugo, una arepa o un trozo de queso, como si todos los restos de cosas y de

ilusiones tuvieran por fuerza que parar en el mudo testigo de flacos jornales, escasos dineros...

Un día tras otro, la cara ilusión del niño, la constante preocupación de los padres, abandona su escondite en manos callosas que no saben qué hacer de aquel papel que quema sus dedos. Y tras un día otro, la misiva que el niño se imagina recorriendo su camino al cielo vuelve al calvario de las arrugas, de la suciedad, de los olores a pan, a maíz y queso amasados con el sudor del padre que no puede enviar una carta al cielo.

La cartita se ha reventado, de tan sobada, por los dobleces; "quiero" y "juguetes" aparecen partidos, sucios los bordes, como si al romperse el papel de estraza hubiera teñido con un poco de su sangre los bordes de la herida...